

Jóvenes, consumo y clases sociales. Las valoraciones entre estudiantes de Antropología Social en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH)
Youth, consumption and social classes. Students ratings of social anthropology in the ENAH

Recibido el 11 de mayo de 2019, aceptado el 18 de enero de 2020

Karla Teresa Camacho Rodríguez*

Resumen

Los estudios socioantropológicos sobre jóvenes, consumo y clases sociales constituyen un campo necesario de investigación. A través de un estudio etnográfico, en este artículo se analizan los elementos que un grupo de jóvenes estudiantes de Antropología Social de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) identifican como expresión material y simbólica de las clases sociales en su entorno. Se estudian también las prácticas de consumo que ellos y otros estudiantes de la licenciatura llevan a cabo para comprender la valoración que ejecutan sobre la importancia del consumo en los procesos de integración social en el ámbito universitario.

Palabras clave: Clase social, prácticas económicas, consumo, identidad, estudiantes de antropología.

* Doctora en Ciencias Antropológicas de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, karlacamacho26@gmail.com

Abstract

Social anthropological studies about youth, consumption and social classes constitute a necessary research field which urges to explore the way these components articulate. From this point of view, this article analyzes the elements that a group of social anthropology young students of the Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) identifies as material and symbolic expression of their surrounding social classes. It studies also the own and other students' consumption practices to understand the assessment they make about the important role of consumption in the social integration process in the university life.

Keywords: Social class, economic practices, consumption, identity, anthropology students.

Introducción

Dentro del debate académico se ha sugerido que la categoría de clase social fue rebasada y que cayó en la obsolescencia al no acercarse siquiera a los confines e ideales propuestos desde el debate marxista, pero el aparato teórico que ostenta la noción de clase social no solo se ha mantenido en el uso cotidiano y el lenguaje común, sino que, de manera coloquial, se utiliza ampliamente para explicar muchos de los fenómenos que acontecen en la actualidad.

A diferencia de lo que sucede con categorías sociales polisémicas y constantemente discutidas como las de etnia o género, la de clase social oscila de manera constante entre la idea de que existe una organización social, dividida a nivel general entre sujetos privilegiados, integrados y conectados de *clases altas* y, por el otro, por desafortunados, marginados y excluidos que pertenecen a las *clases bajas*. Esta idea se complementa al considerarse, dentro del imaginario, que cada clase se encuentra cohesionada y que en un nivel intermedio existe un grupo heterogéneo, en una situación de precariedad y movimiento, que oscila entre ambas posiciones: *la clase media*.

Las clases sociales, en tanto objeto de estudio, son un asunto que ha generado múltiples debates, controversias y confusiones que, no obstante, se han colocado como el centro mismo del desarrollo de disciplinas como la sociología. Aunque, históricamente, Carlos Marx no fue el primero en hablar de ellas, se le atribuye el haberlas utilizado como elemento central en sus preguntas y en general como el eje mismo del desarrollo lógico de su pensamiento.

Por lo que a mí refiere, no me cabe el mérito de haber descubierto la existencia de las clases en la sociedad moderna ni la lucha entre ellas. Mucho antes que yo, algunos

historiadores burgueses habían expuesto ya el desarrollo histórico de esta lucha de clases y algunos economistas burgueses la anatomía de éstas. Lo que yo he aportado de nuevo ha sido demostrar: 1) que la existencia de las clases solo va unida a determinadas fases históricas de desarrollo de la producción; 2) que la lucha de clases conduce, necesariamente, a la dictadura del proletariado; 3) que esta misma dictadura no es de por sí más que el tránsito hacia la abolición de todas las clases y hacia una sociedad sin clases.¹

La valoración prejuiciosa sobre el pensamiento de Marx, la experiencia de la Unión Soviética —evaluada desde una superflua idea sobre lo que representaba el comunismo para el marxismo y las clases sociales—, el problema de la supuesta ausencia de conciencia de clase y la emergencia de una tercera clase representada por la ya mencionada *clase media* de los países avanzados posteriores a la segunda Guerra Mundial, han contribuido a complejizar el tema, cuando no incluso a su abandono ante la emergencia de vertientes que se consideran mucho más importantes que la propia teoría de las clases. Un ejemplo de ello puede observarse en el interés por la noción de estratificación social, que desde la segunda posguerra se ha visto como un concepto mucho más útil para explicar la estructuración social, exaltar la movilidad social como un atributo del capitalismo y ahondar en los estilos de vida de la llamada sociedad de consumo.

Desde la perspectiva de Crompton², la crítica a la supuesta uniformidad en los valores, imaginarios y actitudes organizados por la sociedad industrial, que se configuró en consonancia con el Estado de bienestar, permitió que durante los años sesenta y setenta la teoría de las clases ocupara un lugar cada vez más importante en la sociología. No obstante, al quedar ensombrecida esta discusión por la crisis de la sociología británica como disciplina académica en la década de los años ochenta, el propio interés teórico por el análisis de las clases se fragmentó en al menos tres áreas:

[...] en primer lugar, el análisis de nivel macro de grandes conjuntos de datos acopiados por los que habría desarrollado enfoques teóricos relacionales sobre las clases (Goldthorpe y Wrigth); en segundo, las explicaciones históricas de la formación de clases (Lash y Urry³, McNall, Levine y Fantasia⁴) en tercero, un creciente interés por la construcción *cultural* y la reproducción de las clases asociado a una “sociología del

¹ Carlos Marx y Federico Engels, *Obras escogidas* (Moscú: Editorial Progreso, 1969), 719-720.

² Rosemary Crompton, *Clase y estratificación. Una introducción a los debates actuales* (Madrid: Editorial Tecnos, 1993).

³ Scott Lash y John Urry, *The End of Organized Capitalism* (Cambridge: Cambridge University Press, 1987).

⁴ Scott McNall, Rhonda Levine y Richard Fantasia, *Bringing Class Back In* (Nueva York: Westview Press, 1991).

consumo” en desarrollo que subrayaba el consumismo como característica cada vez más marcada de las sociedades contemporáneas (Bourdieu⁵).⁶

Esta fragmentación pocas veces conocida, sugiere la autora, aunada a la popularidad que adquirió la visión posmodernista, que llegó incluso a “dejar a la sociología sin lugar ni misión intelectual”⁷, y al dominio del economismo como la ontología preponderante de la época, propiciaron el abandono y un casi olvido del debate académico sobre las clases sociales. Pero todo ello no ha implicado que las clases sociales no tengan un efecto real en la forma en que las personas explican su mundo, ni que las identidades de clase y trabajo hayan sido superadas por las identidades de género o raza, y ni siquiera que ellas no se manifiesten como conciencia colectiva.

Una contribución más a la situación problemática que se manifiesta en el análisis sobre las clases proviene de algunos estudios antropológicos que han buscado comprender el significado que tienen las clases sociales para los sujetos. El texto de Pierre Bourdieu sobre la distinción (1988) resulta sumamente representativo al discutir, para el caso francés, cuál es la expresión sociocultural de las clases. Este análisis, no obstante, ha desencadenado algunos problemas, entre ellos, que las clases sociales han sido analizadas especialmente como relaciones sociales en las que —básicamente— se disputa el prestigio y el uso de los capitales (simbólico, económico y social) y donde el estudio del *habitus* responde al modo dominante en que éstas se experimentan y construyen. Cuando se vincula este enfoque con la antropología del consumo, las diferencias entre los grupos se explican en términos del uso que las clases sociales hacen de dichos recursos, o bien, desde el análisis culturalista de la distinción que otorga un predominio a la manifestación simbólica y relacional de las desigualdades. La parte de la realidad material que constituye a las clases y la forma en que podemos acercarnos a éstas, a través de las mercancías, por ejemplo, ha sido un acercamiento poco estudiado.

Lo material es indisociable de la existencia de las sociedades y los sujetos. Como lo indica Godelier⁸, las realidades materiales —en tanto soportes objetivos de cualquier modo de vida que incluyen a la naturaleza, la naturaleza transformada, las herramientas, objetos, etc.—, crean, convierten y actúan en la organización de la vida social e incluso, al actuar más profundamente sobre el proceso de producción, originan nuevas formas de sociedad. Al ser el consumo

⁵ Pierre Bourdieu, *Distinction: A Social Critique of Judgements of Taste* (Londres: Routledge, 1973).

⁶ Rosemary Crompton, *Clase y estratificación*, 14-15.

⁷ Luis Enrique Alonso, *La era del consumo* (Madrid: Siglo XXI Editores, 2006), 326.

⁸ Maurice Godelier, *Lo ideal y lo material* (Madrid: Taurus, 1989).

una forma determinante del proceso en el que dichas realidades materiales se movilizan y articulan, de manera particularmente especial en nuestra sociedad, es preciso considerar que en el intercambio, en tanto operación ineludible del consumo, tanto lo material como lo simbólico tienen límites borrosos que adquieren sentido en la relación con el imaginario colectivo que se ha constituido sobre el consumo⁹. Pero también con otros imaginarios tales como el de las clases sociales, la identidad de clase, el sistema de prácticas en torno a las representaciones sobre ser joven, universitario, estudiante, parte de una familia, etcétera.

Es importante considerar, asimismo, que desde finales de la década de los setenta el modelo de sociedad de consumo —como modelo de producción de la abundancia proyectado para las sociedades futuras— precisó que los bienes materiales no solo tendrían un papel clave en la articulación de los sujetos con la norma social, sino que serían el eje mismo de la configuración del sistema. Aunque el modelo de la abundancia entró en crisis hace bastantes años, la producción de mercancías creadas para la comunicación del estatus se ha mantenido, con sus respectivas adaptaciones.

En este contexto, lo que se plantea en este trabajo es la pertinencia de estudiar las clases sociales como formas identitarias¹⁰, donde se articula de una manera particular el consumo, en la medida en que las realidades materiales y culturales que contienen las distinciones de clase son objetivadas, pero también porque a través de éstas podemos acercarnos al amplio cúmulo de valoraciones y significaciones que los sujetos tienen sobre el prestigio y el reconocimiento dentro de determinadas prácticas, relaciones y contextos.

Dicho ejercicio se elabora entendiendo al consumo como parte integral del sistema de prácticas económicas (formas de obtención de ingreso, gasto, ahorro, inversión, etc.) que los sujetos, en este caso jóvenes universitarios, desarrollan en su cotidianidad. Para sostener dicho planteamiento comenzaremos presentando un breve panorama sobre los estudios de clase social, consumo y prácticas económicas en jóvenes universitarios. Posteriormente, se exponen algunas

⁹ Luis Enrique Alonso, *La era del consumo*.

¹⁰ En este trabajo seguimos la propuesta de Dubard (2002) con respecto a las identidades contingentes. Para este autor la identidad es el resultado de una operación de “identificación” contingente, producto del nexo común de una serie de elementos de diferenciación con otros; la identidad es, por lo tanto, la pertenencia común. No obstante, no hay identidad sin alteridad y las identidades varían históricamente dependiendo a su vez del contexto de definición. Lo que existe entre los individuos, observa, son modos de identificación, variables en el curso de la historia colectiva y de la vida personal, afiliación a diversas categorías que dependen de su contexto y que cruzan las identificaciones atribuidas por los otros (identidades para los otros) y las reivindicadas por el sujeto mismo (identidades para sí). La relación entre estos dos procesos de identificación fundamenta, además, la propia noción de formas identitarias.

características del estudio que sirvió como base de esta reflexión y se analizan los resultados sobre las representaciones y valoración que los estudiantes de Antropología Social de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) conciben sobre el consumo y la clase social en el ámbito universitario.

En el último apartado se reflexiona, a partir de una serie de preguntas, lo que la información recabada podría aportar a la discusión sobre las clases sociales entre grupos cuyas identidades no corresponden propiamente a las de las posiciones socioeconómicas que se han considerado típicas.

Los estudios sobre consumo, prácticas económicas y clases sociales entre jóvenes universitarios

En las investigaciones sobre jóvenes y consumo puede observarse una clara tendencia a analizar al consumo desde el punto de vista cultural, es decir, a través de variables muy marcadas tales como el consumo de música, el uso de la tecnología y el internet. En relación con el consumo visto como una práctica socioeconómica, podemos encontrar algunos estudios sobre el consumo y el ocio, en el que una de las corrientes más importantes la constituyen los análisis sobre los estilos de vida y las prácticas identitarias de los jóvenes en torno a espacios de socialización y comunicación. Un ejemplo de ellos son los trabajos sobre los centros comerciales vistos como espacios de socialización juvenil.

En relación con la investigación más general sobre las prácticas económicas de las juventudes¹¹, en los trabajos de Aisenson *et al.*¹², Jacinto¹³ y Pieck¹⁴ es notable una tendencia a estudiar las trayectorias laborales, mientras que en los de Lagunas y Leyva¹⁵ y Mora y de Oliveira¹⁶ hay un interés por comprender el papel

¹¹ Se entienden como prácticas económicas al conjunto de actividades destinadas a la obtención, uso, mantenimiento y producción de las condiciones materiales y los objetos que permiten la satisfacción de las exigencias de la vida social y las necesidades individuales.

¹² Aisenson Gabriela *et al.*, "Aportes al estudio de las representaciones sociales del trabajo y del estudio en jóvenes de distintos niveles de escolaridad media", *Anuario de investigaciones de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires* Vol. XVI: n° 16 (2009): 147-155.

¹³ Claudia Jacinto (comp.), *La construcción social de las trayectorias laborales de jóvenes: políticas, instituciones, dispositivos y subjetividades* (Buenos Aires: Teseo/IDES, 2010).

¹⁴ Enrique Pieck (coord.), *Los jóvenes y el trabajo. La educación frente a la exclusión social* (Ciudad de México: UIA/IML/UNICEF/Cinterfor-OIT, RET y Conalep, 2001).

¹⁵ Javier Lagunas Rodríguez y Marco Antonio Leyva Piña, "La deserción escolar universitaria. La experiencia de la UAM. Entre el déficit de la oferta educativa superior y las dificultades de la retención escolar", *El cotidiano* Vol. 22: n° 142 (2007): 98-111.

¹⁶ Minor Mora Salas y Orlandina de Oliveira, "Los caminos de la vida: acumulación, reproducción o superación de las desventajas sociales en México", *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* Vol. 59: n° 220 (2014): 81-116.

de los factores socioeconómicos en torno a la posibilidad de realizar y concluir estudios superiores. En análisis como los de del Carmen¹⁷ se destaca el interés por indagar, desde la psicología y la mercadotécnica principalmente, las actitudes de los jóvenes en relación con el dinero y la compra.

En un viraje importante en torno a las formas de analizar el tema, Sarduy¹⁸, retomando el trabajo de Catalán¹⁹ —quien ha estudiado la relación entre la cultura del consumo y la juventud—, analiza los elementos que un grupo de jóvenes estudiantes de la Facultad de Economía de la Universidad de La Habana identifican como expresión de distinción social en sus prácticas de consumo de ropa. Al respecto, Margulis y Urresti²⁰ también han señalado que la moda y el consumo de ropa son catalogados tradicionalmente como mecanismos de pertenencia, reconocimiento y legitimidad entre los jóvenes; pero Sarduy aporta a estos estudios el hecho de dar prioridad a los propios discursos de los sujetos.

Desde una perspectiva más amplia sobre las juventudes, éstas, como lo ha defendido Urtega²¹, construyen su presencia a través de diversas prácticas y representaciones en —y desde— distintos ámbitos; moldean y resignifican su mundo más allá de los patrones dominantes y por este motivo, el estudio ampliado de sus prácticas constituye un área singular de estudios:

La juventud no se considera ni edad ni trayectoria, sino identidad; además esta última no invoca ni la formulación psicológica de la adolescencia como búsqueda prolongada de identidad, ni el rígido y esencialista concepto de identidad que ha sido objeto de críticas recientes. En su lugar, se ha propuesto que la identidad es agenciante, flexible y siempre cambiante, pero no más para la juventud de lo que es para el resto de las personas de cualquier edad... los estudios de la juventud enfatizan *el aquí y ahora* de las experiencias de la gente joven, esto es en las prácticas sociales y culturales a través de las cuales los jóvenes moldean su mundo.²²

¹⁷ Marianela del Carmen *et al.*, “Relaciones entre las escalas hacia el dinero y la compra: un estudio en estudiantes de pedagogía de Chile”, *Revista Interamericana de Psicología* Vol. 46: n° 2 (2012): 229-237.

¹⁸ Yeisa Sarduy Herrera, “Integración social y consumo en el vestir de los jóvenes como práctica socio-cultural: estudio de caso en el contexto universitario”, *Revista Estudios del Desarrollo Social: Cuba y América Latina* Vol. 4: n° 3 (2016): 15-24.

¹⁹ Omar Catalán, “Juventud y Consumo: bases analíticas para una problematización”, *Revista Última Década* Vol. 18: n° 32 (2010): 137-158.

²⁰ Mario Margulis y Marcelo Urresti, *Moda y Juventud* (Buenos Aires: Instituto de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 2005), <http://www.codex.colmex.mx:8991/F/?func=service&doc...doc> (fecha de consulta: 7 de noviembre de 2018).

²¹ Maritza Urtega, “La construcción teórica de la juventud. Los conceptos de lo juvenil”, en *La construcción juvenil de la realidad. Jóvenes mexicanos contemporáneos*, editado por Juan Pablo Casa (Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana - Iztapalapa, 2011).

²² *Ibid.*, 133-182.

Así, ante los escasos estudios etnográficos sobre el consumo juvenil y la constante obsesión por partir de premisas como que los jóvenes se insertan de manera natural en los procesos de distinción establecidos desde la cultura del consumo o que se adhieren fundamentalmente a prácticas y principios de diferenciación dados por mercancías como la ropa, resulta necesario abordar el tema del consumo juvenil desde otras perspectivas más amplias y, sobre todo, contextualizadas.

En torno al análisis de prácticas económicas de estudiantes universitarios podemos encontrar algunos trabajos como el de López *et al.*²³ que buscan comprender los hábitos de consumo y gasto de los alumnos de nivel superior en la Universidad de Guadalajara, México. Una de las precisiones más importantes de su trabajo es que los jóvenes universitarios tienen, en principio, hábitos de consumo y gastos diferentes a los de otros jóvenes de su edad. Complementando esto, el trabajo de Rodríguez y Agulló²⁴ precisa que el estilo de vida de estos jóvenes se caracteriza por enfrentar necesidades básicas generales, aunque también por necesidades que se desprenden de las exigencias de cursar el nivel superior: cuotas, libros, materiales, fotocopias, asistencia a eventos académicos, talleres, prácticas profesionales, etcétera.

Moreno²⁵ realizó una investigación sobre la vida económica de estudiantes universitarios de Barranquilla, Colombia, y en ella logró rescatar la experiencia de jóvenes que pasaron de un medio rural a un medio urbano. En dicho trabajo se precisa que

El estudiante universitario proveniente de otras localidades, precisamente por estar en etapa de formación, no se caracteriza por generar ingresos sino fundamentalmente por consumir, gastando en ello parte de los ingresos de su familia. Es decir, el estudiante proveniente de otras localidades, desde este punto de vista, es fundamentalmente un consumidor y eventualmente un ahorrador, en la medida en que pueda no gastar en consumo todos los ingresos que su familia ponga a su disposición. Esto significa que de todas maneras es sujeto de decisiones económicas.²⁶

²³ María Cristina López de la Madrid *et al.*, “Hábitos de consumo de estudiantes universitarios. El caso del Centro Universitario del Sur, de la Universidad de Guadalajara”, *Nova Scientia* Vol. 7: n° 13 (2014): 352-373.

²⁴ Julio Rodríguez y Esteban Agulló, “Estilos de vida, cultura, ocio y tiempo libre de los estudiantes universitarios” *Psicothema* Vol. 11: n° 2 (1999): 247-259.

²⁵ Mayilín Moreno Torres, “Experiencias de vida económica y desarrollo humano de estudiantes universitarios de otras localidades en Barranquilla (Colombia)”, *Psicología desde el Caribe: Revista del Programa de Psicología de la Universidad del Norte*: n° 13 (2014): 48-72.

²⁶ *Ibid.*, 56-57.

Checa-Artasu²⁷ en un estudio sobre las actitudes, los hábitos y las perspectivas futuras de los estudiantes universitarios en La Piedad, Michoacán, muestra también, a través de los resultados de la aplicación de una encuesta, lo que significa “ser un estudiante universitario”, los patrones de consumo y de ocio de esta población y cómo estos se ajustan a la oferta limitada de la ciudad; al mismo tiempo que revela el uso de las nuevas tecnologías como herramientas para construir redes de sociabilidad y de estímulo para continuar la educación en el mediano plazo.

Finalmente, en torno a las investigaciones sobre jóvenes universitarios y clases sociales contamos con aquellos trabajos que defienden que la posición de clase de los jóvenes condiciona su acceso a estudios universitarios, pero también con otros que señalan que las propias prácticas de estos sujetos contienen una diferenciación a partir de su posición. A través del análisis de los discursos, Langa²⁸ ha evidenciado, por ejemplo, la diversidad de los modos en que, desde las posiciones sociales, se construye la categoría “joven”, en tanto que ésta remite a formas muy diferentes de valorar la opción estudiantil.

Queremos finalmente destacar cómo precisamente esta heterogeneidad en los modos en que se construye la categoría de edad «joven» nos está informando sobre formas muy diferentes de valorar, construir y negociar la opción de realizar estudios universitarios. Para las clases populares hemos indicado que esta decisión está estrechamente implicada con una apuesta promocionista, que pasa por una evidente dependencia de los logros académicos. Esto se manifiesta en las elecciones, por un lado, iniciales, lo que puede explicar parte de las desiguales tasas de escolarización que veíamos al comienzo de este trabajo; y, por otro, a lo largo de toda la carrera, dando lugar, por ejemplo, a conductas como la de plantearse la necesidad de compaginar los estudios con algún tipo de dedicación laboral en caso de deficientes resultados (reales o previstos), como forma de restaurar un cierto equilibrio en la estructura de deberes y derechos familiares. Por el contrario, para aquellos jóvenes para los que estudiar en la universidad siempre se dio por supuesto, los estudios no necesitan del ejercicio de justificación que sí hemos visto en las clases más bajas, antes bien, constituyen de por sí una apuesta investida de legitimidad. Es por ello que viven sus estrategias, incluso cuando éstas son claramente ociosas, de un modo más desenvuelto y sobre todo más independiente de los resultados. Para estos estudiantes podría decirse

²⁷ Martín Checa-Artasu, “Hábitos y aptitudes de los estudiantes universitarios en una ciudad pequeña mexicana. El caso de la Piedad de Cavadas, Michoacán”, *Ide@s CONCYTEG* Vol. 6: n° 69 (2011): 412-435.

²⁸ Delia Langa, “La juventud de los universitarios construida desde distintas posiciones de clase. Nuevas manifestaciones de las desigualdades en el campo educativo”, *Revista de Estudios Sociales*: n° 5 (2005): 71-89.

que hay un espacio «juvenil» donde hay una cierta «libertad de movimientos», mientras que para los estudiantes de orígenes populares la postadolescencia indefinida subsiguiente a la opción universitaria es experimentada de un modo mucho más restrictivo²⁹.

Como podemos observar en esta breve revisión, el cruce de variables de análisis como consumo, estudio de las juventudes y clases sociales, desde la perspectiva del estudio de las prácticas económicas, aún es bastante limitado y, por consiguiente, representa un área sumamente basta y aún por explorar.

Los estudiantes de Antropología de la ENAH: apunte metodológico

La Escuela Nacional de Antropología e Historia es una de las instituciones de especialización en antropología más importantes en México y América Latina. Cada año ingresan entre 500 y 550 estudiantes, que se distribuyen entre la matrícula de las 7 licenciaturas que se imparten. De acuerdo con el Departamento de Planeación Académica de la universidad, en 2017 se registraron un total de 379 aspirantes para cursar la carrera de Antropología Social, una de las más solicitadas.

El 55% de los aspirantes durante este año fueron hombres, y el 52% del total se ubicó, además, en el rango de edad de los 18 a 22 años. El principal lugar de origen fue la Ciudad de México (222 aspirantes), seguidos por los provenientes del Estado de México (90 aspirantes). El resto provino de Estados como Oaxaca, Puebla e Hidalgo e, incluso, de algunos países como Brasil, Estados Unidos, Argentina y Colombia. Solo 19% de los aspirantes manifestó no vivir con su padre, madre o hermanos, y el resto precisó que se desenvuelve en un entorno familiar de tipo nuclear. El 7% declaró vivir con su cónyuge o pareja, 1% con hijos y los restantes comunicaron vivir solos, con otros familiares o con amigos. Estos datos resultan sumamente importantes a la hora de considerar la importancia que tiene la relación familiar en el desarrollo de las prácticas económicas de los jóvenes estudiantes.

En relación con la escolaridad de la madre se observa que 59% ha alcanzado estudios medios superiores y superiores y, en el caso de los padres, este porcentaje es de 54%. Respecto a estudios de maestría, el porcentaje de los padres es mayor (5%) con relación al de las mujeres (2%). El ingreso mensual de las familias se distribuye de la siguiente manera: 6% habita en hogares con un ingreso menor a \$2000, 38% en hogares con un rango de \$2000 a \$6000, y 27% de \$6001 a \$10,000. El 27% restante subsiste con ingresos de entre \$10,000 y \$28,000 y

²⁹ *Ibid.*, 87.

solo 2% reporta ingresos de más de \$36,000 mensuales. En 48% de los hogares es el padre quien aporta la mayor parte de recursos; en 57% de las familias el ingreso se distribuye entre tres y cuatro dependientes y la ocupación de quien realiza la mayor aportación monetaria es la de empleado público (21%), seguida por un 18% que manifiesta ser empleado en la iniciativa privada y un 15% que se dedica al comercio. Solo 1% menciona que su padre labora como campesino, 2% indica que labora en el servicio doméstico (en el caso de las madres cuando son quienes aportan mayores ingresos), 4% es identificado como trabajador de oficio y 8% como obrero. El 2% de los encuestados identifica la labor de empresario como principal ocupación de alguno de sus padres.

Entre los aspirantes, el 56% mencionó que no trabajaba, sin embargo, el 30% de estos indicó que lo hace de manera eventual. Los trabajos son igualmente variados (empleados públicos, empleados en iniciativa privada, trabajadores de oficio, servicio doméstico, etc.). El mayor porcentaje de los que indican laborar desarrolla una actividad relacionada con el comercio y con otros trabajos asociados al sector servicios (empleado de Uber Eats, meseros, asistentes de investigación, dependientes, etc.). El 55% de los que trabajan ganan entre \$500 y \$3000 mensuales, y solo el 4% de quienes trabajan gana entre \$13,000 y \$15,000. Con relación a este último dato, se pudo observar que varios de los que obtienen mayores ingresos han cursado antes alguna otra licenciatura, laboran en actividades relacionadas con su profesión o bien son mayores en comparación con la edad promedio de los estudiantes.

Para profundizar en esta información, se realizaron una serie de entrevistas entre hombres y mujeres que cursaban distintos semestres de la carrera de Antropología Social. En ellas se abordaron diversas variables que buscaron evidenciar el contexto en el que se desarrollan las prácticas económicas de los estudiantes y las valoraciones que tienen sobre el consumo y las clases sociales. Estas variables se organizaron en categorías, tales como el contexto familiar, la dinámica de vida, el papel de la carrera de antropología, el contexto escolar, las prácticas económicas, el estilo personal, el consumo y finalmente los deseos y aspiraciones. Parte de los resultados de esta investigación se presentan a continuación.

Las valoraciones sobre el consumo entre estudiantes universitarios y la identificación de los objetos en donde se expresan las clases

Bajo el discurso de que el consumo es el principal aspecto que configura la identidad de los individuos en la sociedad posmoderna, se ha dado por sentado que el autoconcepto de la población joven se desarrolla básicamente en función de esta práctica. Dicha afirmación, que contiene elementos de verdad en

la medida en que desde la década de los noventa lo juvenil y las culturas juveniles resultan espacios clave para encontrar estilos de vida, imágenes, símbolos y valores altamente rentables para las marcas y para la publicidad, ha sido descuidada por los estudios cualitativos que permitirían rebelar la verdadera relación de estos grupos con el consumo.

Al analizar las prácticas económicas de los estudiantes de Antropología Social de la ENAH —entendidas como el conjunto de actividades destinadas a la obtención, uso, producción y consumo de objetos y servicios que les permiten la satisfacción de las exigencias de su vida social—, se busca contrarrestar el escaso interés por el tema. Considerando la importancia de la formación profesional en México, que cada año representa un reto en cuanto al acceso para numerosos jóvenes de la sociedad mexicana, los estudios universitarios constituyen no solo una esperanza de ascender en la estructura de clases tan desigual que caracteriza este país, sino que, por distintas causas sociopolíticas del contexto actual del Estado mexicano, un factor de inclusión y autovaloración para muchos individuos. En una sociedad en la que cada año se destapan grandes cantidades de “jóvenes rechazados” de las universidades públicas, el “ser aceptado” en alguna institución educativa reconocida representa de entrada un enorme privilegio.

“Entrar a la universidad” constituye un primer aliciente y una motivación que, no obstante, se sabe que implica muchos retos. En el caso de los estudiantes de Antropología con los que se trabajó en la investigación, la propia elección de la carrera y de la universidad conlleva una decisión en la cual se disputa la posibilidad de ejercer el derecho a decidir sobre la propia vida y las aspiraciones juveniles, pero también la responsabilidad de asumir las consecuencias de la decisión tomada en torno a la profesión elegida.

¡Ehhh! Pues ésta fue una manipulación de mi parte porque yo les dije: sí voy a hacer cinco exámenes, pero todos van a ser de cargas diferentes. Y pues ellos obviamente querían que me quedara en economía en CU. Pero yo no quería quedarme y le eché más ganas para entrar aquí. Porque la carrera que yo quería estudiar aquí era Antropología Social o si no la otra era restauración en ENCRYM. Pero economía sí me llamaba la atención, pero más que nada porque mis exámenes vocacionales decían que yo era apta para eso. Obviamente nunca te van a decir “sí, tú eres apta para ser antropóloga social, ¿no?”. Te van a decir algo administrativo, cultural, algo así. O maestra de danza me salía mucho. Entonces les dije: cinco exámenes diferentes y donde me quede, ¿no? Pues ya. Y así fue como los convencí. Dije no, me quedé en ésta y ya. Aquí. Porque de los cinco exámenes solamente hice dos: el de CU de la UNAM y éste. Los demás los pagué, pero nunca los hice.³⁰

³⁰ Entrevista realizada por Karla Teresa Camacho a Sara (estudiante de cuarto semestre, 19 años), 12 de febrero de 2018, Ciudad de México, México.

Aunque fue variada la forma en la que estos jóvenes conocieron las características y lo que les ofrecía el programa de Antropología Social en la ENAH —la conocieron por recomendaciones de amigos, por leer algunos libros o periódicos, por asistir a algunas clases, por el prestigio de la universidad, la fascinación del museo y las zonas arqueológicas en México, etc.—, se observó una interesante coincidencia: entrar a la carrera, asistir a las clases y aprender los contenidos de éstas ha constituido un factor de cambio positivo en su vida, que no ha hecho más que reafirmar su motivación por concluirla y formarse en ella adecuadamente.

Un panorama de autocontemplación. Creo que es lo primero con lo que te reciben en la escuela. Incluso la guía te recibe así “todo cuanto sabías hasta ahora ponlo en una bolsa de basura y sigue adelante sin considerar todo eso. Borra tus prejuicios y entonces abre tu mente a ver las cosas de otra manera. O inténtalo, por lo menos”. Y creo que esa es la premisa básica. Eso es lo primero que a mí me ofreció la ENAH. El pensarme a mí mismo en un primer momento [...] Aprendes a cambiar tu forma de ver. Aaah, pues incluso de ver a los demás, incluso de... no sé de... pues sí, hay veces que hasta te llega un momento hasta de crisis. Por lo menos a mí me pasaba. Cuando he ido a campo, por ejemplo, cuando he ido a prácticas, que he estado lejos y ya en ese momento de... como de choque cultural en donde las barreras son un poco difusas, o más bien, ya las barreras son muy sólidas, en donde ya el sentido no es el mismo [...] y te puedes dar cuenta precisamente cómo has cambiado, cómo tenías estas ideas del indio que ya no figuran en ti o que si figuran, figuran ya de forma crítica.³¹

El compromiso que se acepta por el hecho *ser estudiante de Antropología Social de la ENAH* impregna los demás ámbitos de la vida. Las dinámicas cotidianas de estos jóvenes implican desde levantarse en la madrugada para recorrer grandes trayectos que, a su vez, involucran arduos tiempos de traslado a la universidad, hasta pasar prácticamente todo el día en la escuela. Implica hacer una o máximo dos comidas completas al día y tener pocas horas de sueño. Implica leer mucho, siempre estar presionado por los trabajos o tareas y sentir constante angustia al buscar alcanzar un ideal de estudiante: el que hace de manera sobresaliente todas las tareas, el que reflexiona, critica con fundamentos, aporta elementos de discusión sobre los temas de las clases y el que, en general, se toma muy en serio y con total responsabilidad su papel en la escuela.

Por ello, el apoyo familiar resulta fundamental para estos jóvenes. En algunos casos, el principal apoyo de los padres es el “económico”, dado que la dinámica de estudios en la que se desenvuelven les impide laborar, salvo los fines de semana o durante algunos períodos vacacionales. Aunque algunos cuentan con

* Todas las entrevistas utilizadas en este documento fueron realizadas por la autora del mismo.

³¹ Ramón (estudiante de sexto semestre, 24 años), 23 de abril de 2018, Ciudad de México, México.

recursos propios (por becas o porque trabajan), los padres suelen encontrar otras formas de apoyo económico al facilitarles recursos como computadoras, ropa o viajes, de manera eventual: “En temporadas es cuando nos dan mis papás el dinero. Nos dicen pues... aquí hay para ropa. Cómprase lo que sea [...] Es fijo, en primavera y en invierno nos cambiamos de guardarropas”³².

Paradójicamente, las relaciones emotivas con la familia se mueven, además, entre la cercanía y el conflicto contingente que genera dicho apoyo económico, en la medida en que —en los casos de padres separados— se identifica un mayor apoyo o interés de solo alguno de los padres. La figura del padre suele verse con recelo y reprocharse como aquella que considera que es solo dinero lo que necesitan.

Mi mamá es mi principal apoyo. [...] Ella trabaja toda la semana y todo el día de 9 a 9 y yo toda la semana estoy aquí en la ENAH [...] Yo llego como a las diez y ella llega como a las siete. Cuando yo llego, ella generalmente está haciendo comida o lavando trastes o algo así. Entonces yo llego, me descargo, entro al baño y lo primero que hago es contarle todo lo que haya pasado en el día. Entonces duramos como una hora, hasta que ya yo me pongo a hacer la cena.³³

Como ha podido observarse en otros estudios sobre consumo, los jóvenes no escapan a la organización de gastos en torno a períodos y necesidades. Los tipos de gastos que realizan, el uso y papel del dinero en su vida cotidiana, el consumo y la significación que existe entre el dinero que les proporcionan sus padres y la generación de sus propios ingresos dependen además de otros factores como la edad, las aspiraciones y los deseos. Para quienes trabajan, incluso solo por temporadas, ahorrar es clave para acceder a los objetos que se consideran deseos aceptables: libros, audífonos, aplicaciones para el teléfono, salidas al cine, viajes, gustos, etc. Para quienes dependen del apoyo económico de los padres prevalece un sentimiento de deber y agradecimiento, en la medida en que se reconoce que estudiar es costoso y que se necesita de un gran esfuerzo por parte de la familia. A la hora de clasificar los gastos y necesidades se privilegia por ello el sentido de responsabilidad y madurez, y el comportamiento como agentes económicos se desarrolla considerando un imperativo de ayuda y retribución hacia los padres.

En este sentido, si los padres les dan dinero para los gastos de la escuela está mal visto que éste sea gastado para otras cosas no necesarias o que no se relacionen propiamente con sus actividades escolares —pues contradice el sentimiento de deber—, en cambio, cuando los jóvenes disponen de su propio dinero

³² Sara (estudiante de cuarto semestre, 19 años) 16 de abril de 2018, Ciudad de México, México.

³³ Carina (estudiante de sexto semestre, 23 años), 16 de abril de 2018, Ciudad de México, México.

o han ahorrado a partir de los remanentes que les sobran de sus gastos cotidianos, se rompe este sentido y suelen permitirse otro tipo de consumos antes valorados como prohibidos.

Para quienes trabajan, una parte importante de sus ingresos se designa a los gastos escolares en transporte, comida, libros, copias, etc., y también a apoyar a sus familias, dando dinero directamente a las madres o realizando pagos de servicios y gastos para el hogar. En estos casos, la ayuda y retribución es tan importante como cuando, en el caso de los jóvenes con menos recursos, buscan formas de apoyo familiar que ahorren o bien supriman gastos para la familia. Los jóvenes que no pueden aportar dinero desarrollan formas de cooperación tales como ayudar con mayor intensidad y compromiso en los quehaceres de la casa, cuidar a los hermanos menores, apoyar a los padres en actividades que estos les confieren o solventar sus necesidades académicas sin que ello implique otro gasto para la familia³⁴.

Para los jóvenes que trabajan, las posibilidades de consumir “objetos de deseo” es mayor aun cuando el espacio de uso y disfrute de dichos objetos es fundamentalmente el entorno escolar. Cursar estudios universitarios, como ya se señaló, implica la integración juvenil que —quizás por su poca democratización— es al mismo tiempo una forma de posicionamiento social que otorga estatus. El reconocimiento de la ENAH como la escuela de Antropología Social más importante en América Latina contribuye al acrecentamiento de la valoración de dicho estatus, pero también a la delimitación de otras formas de estatus dentro de esta institución.

Dentro de las relaciones en el entorno universitario lo que otorga prestigio y reconocimiento tiene que ver más con el compromiso, la responsabilidad y seriedad con la que se asume el acto de estudiar. Leer todos los textos programados para la clase e incluso profundizar en los temas al leer otros libros o materiales complementarios, reflexionar críticamente, participar argumentando y, en general, cumplir con las “responsabilidades” que demandan los estudios en la carrera constituyen los elementos más importantes que permiten a un estudiante sobresalir entre los demás. Hacer lo contrario resulta una causa constante de disgusto por parte los estudiantes, ya que representa la informalidad y ligereza con la que algunos jóvenes, y hasta profesores, toman los aprendizajes.

³⁴ Una de las principales estrategias de ahorro ampliamente utilizada por los entrevistados consiste en evitar el gasto de fotocopias mediante el uso de aplicaciones en el teléfono celular que les permiten escanear los documentos y libros necesarios para sus clases. También se encuentran formas de ahorro en el pasaje y la comida al usar medios alternativos de transporte, buscar tarjetas de ayuda o bien vender algún producto.

Un poco también lo que más me disgusta es la informalidad en la escuela. El ambiente relajado creo que a veces nos ha llevado a perder de vista el objetivo que es como... pues aprender algo de la realidad, reflexionar por lo menos algo, algo que te pueda dejar cualquier materia. [...] La informalidad podría considerarla en dos personas: los profesores y los alumnos, ¿no? Y bueno podríamos hablar incluso del tercero que serían como administrativos. Pero el primero sería: hay profesores informales en el sentido de que no entran a clase a tiempo, no entregan un programa preestablecido, no preparan una clase, no esquematizan el contenido de un tema, no reflexionan el contenido del mismo, no hacen una crítica y hacen evaluaciones muy a la ligera. Creo que eso nos ha llevado también a bajos niveles académicos. La informalidad también por parte de los alumnos, que sería también como el segundo punto. ¡Qué era lo que quería decir! Y es precisamente lo que complementa esa parte ¿no?, que son: el alumno llega tarde a clase porque el profesor llega tarde, no saben qué leer porque no tienen un programa. Ehhh. Obviamente no leen lo que se supone que tendrían que haber leído o leen cosas diferentes; entonces la clase es obviamente un *collage* de quién sabe qué. No hay un esquema de clase, entonces tampoco, tampoco hay forma como de decir “no leí”, y por qué razón, pero por lo menos en la clase tengo un esquema ahí que más o menos me habla del contenido para tener una noción y después poder contrastarlo, lo que sea. O verificarlo.³⁵

El reconocimiento de las dificultades económicas que enfrentan algunos estudiantes potencializa este disgusto, cuando se observa esta irresponsabilidad entre estudiantes que se piensa que poseen todas las facilidades para el estudio. Consignas tales como “hay estudiantes que no tienen ni para sacar las copias” o que “con trabajos pueden venir a la escuela” se han vuelto parte del discurso comparativo que intenta concientizar a los demás sobre las dificultades que representa el acto de estudiar, ante los casos en los que se tienen los medios y los recursos para estudiar sin tener ningún problema u obligación.

Al preguntar directamente sobre la clase social a la que se cree que pertenece la población estudiantil de la ENAH, y en particular a la que pertenecen los antropólogos sociales de dicha institución, se asume en términos generales que, aunque predomina la clase media-baja, hay una población estudiantil que pertenece a la clase alta. No obstante, existe la creencia de que la conformación de clases varía a partir de las carreras que se imparten en la institución. En algunas licenciaturas como Arqueología y Antropología Física se necesitan instrumentos especializados, es necesario realizar prácticas de campo y mayores gastos en general, de modo que en ellas es donde se cree que se concentran las mayores proporciones de estudiantes de clases sociales acomodadas. Los antropólogos

³⁵ Ramón (estudiante de sexto semestre, 24 años), 23 de abril de 2018, Ciudad de México, México.

sociales, los etnólogos, los lingüistas y los etnohistoriadores corresponderían más a las clases medias bajas y bajas³⁶.

Ahora bien ¿cómo se reconocen objetivamente estas clases sociales dentro de la universidad? Básicamente, a través del consumo y ostentación de objetos y marcas que giran en torno a dos categorías principales: la ropa y los recursos — instrumentos que sirven para desarrollar las actividades escolares—. Aunque se pueden reconocer diversos objetos en torno a la categoría de instrumentos para el estudio, hay algunos que se mencionan de manera recurrente como, por ejemplo, las computadoras, los celulares y las tabletas. La computadora porque es considerada una herramienta básica en la medida en que a través de ella se pueden leer los textos necesarios para las discusiones en las clases, realizar los trabajos, la tesis y las tareas, además de que permite conservar el acervo personal de textos y materiales que “serán útiles para la carrera”. Aunque los tipos de computadores que se consumen varían, las computadoras Mac se consideran como el principal símbolo de lujo para los estudiantes, puesto que son caras, ligeras y tienen programas especializados que otras computadoras más económicas no tienen.

Los teléfonos son los dispositivos que permiten abrir una extensión del espacio de interacción con los amigos, compañeros de la universidad y con la familia; son el medio para organizar exposiciones, trabajos en equipo o para conversar sobre los aspectos no escolares que se viven en la institución. A través del teléfono, los jóvenes tienen además una interacción constante con la música, “entran a sus redes sociales” o bien se enteran de “otros temas que les llaman la atención”. Durante el período vacacional los teléfonos móviles son el medio de comunicación y les permiten seguir en contacto con los amigos y los asuntos de la escuela. Las tabletas, en una menor proporción, son también aparatos útiles y prácticos, principalmente para leer, aunque conserven un nivel de prestigio muy por debajo del libro. Los libros “clásicos” de la carrera son reconocidos como los principales objetos de deseo de los estudiantes. Tenerlos y armar con ellos una biblioteca personal, aunque sea mucho tiempo después de haber trabajado con ellos o haberse acercado a éstos a través de copias fotostáticas, es el “sueño” y deseo entre los estudiantes.

Los objetos, en este contexto y por lo que comentamos sobre la valoración de lo que implica ser un buen estudiante, conllevan distinciones económicas,

³⁶ Hay excepciones en el caso de los hijos de profesores reconocidos que asisten a la universidad. Dichos estudiantes, que en realidad son muy pocos, se considera que pertenecen a clases altas gracias a la profesión de sus padres. Al ser hijos de profesores, la exigencia de desempeño y brillantez es mayor para ellos por parte de sus compañeros, lo que conduce a que estos jóvenes se vean sometidos a la presión de muy altas expectativas.

pero no necesariamente prestigio; al mismo tiempo que los objetos de prestigio no necesariamente sobresalen por sus atributos monetarios. Un estudiante puede portar una mochila de moda o, bien, tener todos los productos tecnológicos de Mac, pero no ser digno de prestigio por su bajo desempeño escolar. Asimismo, otro estudiante puede vestir sin ostentar marcas, tener libros de reuso y adquirir mayor reconocimiento por sus intenciones en las clases y por su desempeño académico en general.

¿Quiere decir que estos jóvenes se encuentren desvinculados de los sistemas de prestigio relacionados con el consumo o bien que ignoran la moda y la importancia de las marcas en nuestra sociedad? Lo que quiere decir es que tienen un acercamiento distinto a estos elementos. Estos jóvenes universitarios conocen sobre marcas, sobre tendencias y sobre lo que está de moda, pero al tener posibilidades sumamente limitadas para adquirir productos que salen de su presupuesto escolar y al participar en un sistema de prestigio que privilegia los conocimientos, la principal forma de interactuar con el consumo de marcas y productos distintivos es través de la información que adquieren (mediante películas, series, comerciales y sus propias investigaciones) sobre los productos que les interesan y les gustaría obtener algún día.

En este sentido, en el nivel de los deseos y aspiraciones puede evidenciarse lo que se espera por el hecho de estar estudiando una carrera. El principal deseo a futuro es poder encontrar un empleo en el que se “pueda aplicar lo que se ha aprendido”. En relación con las aspiraciones materiales, a mediano plazo se espera “tener una computadora más ligera”, “poder vivir cerca de la escuela para evitar los trayectos de viaje tan largos”, “tener un mejor teléfono”, tener un teléfono más grande para leer en el transporte público o poder comprar ciertos libros y tener una biblioteca.

¿Estos jóvenes no desean coches, ropas de marca o bien algún accesorio? Sí, pero justamente logran distinguir entre lo que corresponde a sus deseos y lo que corresponde a sus necesidades. Saben que ser estudiante universitario representa un momento de la vida en que corresponde preocuparse más por aprobar las materias, por hacer la tesis y el servicio social que por salir de compras.

Reflexiones finales

El análisis de las prácticas económicas de jóvenes estudiantes de la carrera de Antropología Social y, en particular de sus prácticas y valoraciones sobre el consumo, permite visibilizar que los jóvenes son sujetos con creencias, valoraciones, ideas sobre el mundo y posiciones críticas que, también a través de sus prácticas

económicas, muestran la importancia que tienen sus relaciones sociales. Aunque la principal fuente de ingreso sea el apoyo de los padres, los estudiantes son sujetos económicos que calculan el uso del dinero, que ahorran, determinan gastos importantes y necesidades, pero que, por supuesto, se acercan más a una visión de dicho sujeto propuesta por la antropología económica que por la economía neoliberal.

Aunque en el discurso dominante la relación principal con el consumo se desarrolla a partir del prestigio que denotan la mercancía y su valor económico, es posible observar que la apuesta por el estatus no es privativa del consumo y que existen sistemas de distinción que resignifican y transfieren el estatus a sistemas de distinción en el que los objetos sirven como instrumentos para apoyar cualidades de los sujetos.

Al relacionar esto con las clases sociales, es importante resaltar que se observa cómo las diferencias entre éstas no necesariamente se traducen en las distinciones de prestigio que suelen suponerse. Las clases se asumen a partir de diferencias simbólicas y relacionales que se pueden modificar parcialmente dentro del contexto universitario.

Referencias

Fuentes primarias

Entrevistas

Entrevista realizada por Karla Teresa Camacho a Sara (estudiante de cuarto semestre, 19 años), 12 de febrero de 2018, Ciudad de México, México.

_____. Carina (estudiante de sexto semestre, 23 años), 16 de abril de 2018, Ciudad de México, México.

_____. Ramón (estudiante de sexto semestre, 24 años), 23 de abril de 2018, Ciudad de México, México.

Fuentes secundarias

Aisenson Gabriela, Leandro Legaspi, Viviana Valenzuela, Lorena Duro, Romina Ceileiro, Virginia Inaebnit, Mariana De Marco y Yamila Pereda. “Aportes al estudio de las representaciones sociales del trabajo y del estudio en jóvenes de distintos niveles de escolaridad media”. *Anuario de investigaciones de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires* Vol. XVI: n° 16 (2009): 147-155.

Alonso, Luis Enrique. *La era del consumo*. Madrid: Siglo XXI Editores, 2006.

Bourdieu, Pierre. *Distinction: A Social Critique of Judgements of Taste*. Londres: Routledge, 1973.

_____. *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Editorial Taurus, 1988.

Catalán, Omar. “Juventud y Consumo: bases analíticas para una problematización”. *Revista Última Década* Vol. 18: n° 32 (2010): 137-158.

Checa-Artasu, Martín. “Hábitos y aptitudes de los estudiantes universitarios en una ciudad pequeña mexicana. El caso de la Piedad de Cavadas, Michoacán”. *Ide@S CONCYTEG* Vol. 6: n° 69 (2011): 412-435.

Crompton, Rosemary. *Clase y estratificación. Una introducción a los debates actuales*. Madrid: Editorial Tecnos, 1993.

Del Carmen, Marianela, Ítalo Alí, Marjorie Novoa, Carmen Rodríguez, Carlos Del Valle, Yéssica González, María Soledad Etchebarne, Horario Miranda y Jocelyne Sepúlveda. “Relaciones entre las escalas hacia el dinero y la compra: un estudio en estudiantes de pedagogía de Chile”. *Revista Interamericana de Psicología* Vol. 46: n° 2 (2012): 229-237.

Dubar, Claude. *La crisis de las identidades. La interpretación de una mutación*. Barcelona: Ediciones Bellaterra, 2002.

Godelier, Maurice. *Lo ideal y lo material*. Madrid: Taurus, 1989.

- Jacinto, Claudia (comp.). *La construcción social de las trayectorias laborales de jóvenes: políticas, instituciones, dispositivos y subjetividades*. Buenos Aires: Teseo/IDES, 2010.
- Lagunas Rodríguez, Javier y Marco Antonio Leyva Piña. “La deserción escolar universitaria. La experiencia de la UAM. Entre el déficit de la oferta educativa superior y las dificultades de la retención escolar”. *El cotidiano* Vol. 22: n° 142 (2007): 98-111.
- Langa, Delia. “La juventud de los universitarios construida desde distintas posiciones de clase. Nuevas manifestaciones de las desigualdades en el campo educativo”. *Revista de Estudios Sociales*: n° 5 (2005): 71-89.
- Lash, Scott y John Urry. *The End of Organized Capitalism*. Cambridge: Cambridge University Press, 1987.
- López de la Madrid, María Cristina, Adolfo Espinoza de los Monteros Cárdenas, Diana Rojo Morales, Katiuzka Flores Guerrero y Alberto Rojas García. “Hábitos de consumo de estudiantes universitarios. El caso del Centro Universitario del Sur, de la Universidad de Guadalajara”. *Nova Scientia* Vol. 7: n° 13 (2014): 352-373.
- Margulis, Mario y Marcelo Urresti. *Moda y Juventud*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 2005. <http://www.codex.colmex.mx:8991/F/?func=service&doc...doc>
- McNall, Scott, Rhonda Levine y Richard Fantasia. *Bringing Class Back In*. Nueva York: Westview Press, 1991.
- Marx, Carlos y Federico Engels. *Obras escogidas*. Moscú: Editorial Progreso, 1969.
- Mora Salas, Minor y Orlandina de Oliveira. “Los caminos de la vida: acumulación, reproducción o superación de las desventajas sociales en México”. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* Vol. 59: n° 220 (2014): 81-116.
- Moreno Torres, Mayilín. “Experiencias de vida económica y desarrollo humano de estudiantes universitarios de otras localidades en Barranquilla (Colombia)”. *Psicología desde el Caribe: Revista del Programa de Psicología de la Universidad del Norte*: n° 13 (2014): 48-72.
- Sarduy Herrera, Yeisa. “Integración social y consumo en el vestir de los jóvenes como práctica sociocultural: estudio de caso en el contexto universitario”. *Revista Estudios del Desarrollo Social: Cuba y América Latina* Vol. 4: n° 3 (2016): 15-24.
- Pieck, Enrique (coord.). *Los jóvenes y el trabajo. La educación frente a la exclusión social*. México: UIA/IML/UNICEF/Cinterfor-OIT, RET y Conalep, 2001.
- Rodríguez Suárez, Julio y Esteban Agulló Tomás. “Estilos de vida, cultura, ocio y tiempo libre de los estudiantes universitarios”. *Psicothema* Vol. 11: n° 2 (1999): 247-259.

Urteaga, Maritza. “La construcción teórica de la juventud. Los conceptos de lo juvenil”. En *La construcción juvenil de la realidad. Jóvenes mexicanos contemporáneos*, editado por Juan Pablo Casa. México: Universidad Autónoma Metropolitana - Iztapalapa, 2011, 133-182.